

MALESTAR SOCIAL Y DESIGUALDADES EN CHILE

© Antonieta Vera Gajardo
Editora

Ediciones Universidad Alberto Hurtado
Alameda 1869 - Santiago de Chile
mgarciam@uahurtado.cl – 56-228897726
www.uahurtado.cl

Impreso en Santiago de Chile
Primera edición de 500 ejemplares: marzo de 2017

Este texto fue sometido al sistema de referato ciego

ISBN papel: 978-956-357-101-1
ISBN e-pub: 978-956-357-102-8
Registro de propiedad intelectual N° 276.808

Impreso por C y C

Colección Cisoc
Facultad de Ciencias Sociales

Dirección editorial
Alejandra Stevenson Valdés

Editora ejecutiva
Beatriz García-Huidobro

Diseño y diagramación interior
Gloria Barrios

Diseño de portada
Gabriel Valdés E.

Diseño colección
Francisca Toral

Fotografía de portada
Vehículo acorazado de carabineros en el Paseo Bulnes durante una manifestación de estudiantes en el centro de Santiago. Fotógrafo: Luis Sandoval Mandujano, 123rf.



Con las debidas licencias. Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas en las leyes, queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita de los titulares del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamos públicos.

Institucionalidad religiosa en tiempos de crisis: desconfianza, filiaciones difusas y búsquedas de sentido en el Chile actual¹

Luis Andrés Bahamondes González

UNIVERSIDAD ALBERTO HURTADO - UNIVERSIDAD DE CHILE

Introducción

La pérdida de confianza en las instituciones parece ser un elemento fundamental a la hora de realizar cualquier análisis social en el país, donde lo religioso no escapa de las críticas vertidas por la ciudadanía. Dentro de este escenario es importante considerar las transformaciones religiosas para comprender los procesos de cambio, tanto de las instituciones religiosas como de aquellos que adhieren o se identifican con ellas. De esta forma, la línea argumental del presente texto busca reflexionar en torno al impacto generado por la crisis de confianza en las instituciones y sus repercusiones en el campo religioso, preguntándose por la capacidad de adaptación que poseen los sujetos ante los procesos de cambios.

El impacto de la secularización, la pérdida de credibilidad de instituciones eclesiales, el cuestionamiento de sus líderes, etc., solo forman parte del escenario que tensiona la relación entre las jerarquías de dichas instituciones y sus fieles o seguidores. Muestra de aquello lo encontramos reflejado en diversas encuestas de opinión que expresan dicha pérdida de confianza. A inicios del año 2015, el Barómetro de la política CERC-MORI (MORI, 2015) sostenía que la Iglesia católica era la institución que había sufrido la mayor pérdida de confianza en

¹ El presente texto es producto de los resultados obtenidos de la investigación Fondecyt N° 11130281 titulada: “*Religiosidades en la ciudad: nuevos movimientos religiosos y demandas sociales en el Gran Santiago: 1990-2012*”, dirigida por Luis Andrés Bahamondes González.

relación a otras instituciones del país. Si solo consideramos el periodo de los últimos diecinueve años, en 1996 la Iglesia católica poseía un 61% de confianza entre los encuestados, mientras que para el año 2015 esta cifra disminuía al 20%.

Bajo esta misma línea de análisis, durante el ciclo 2006-2014 la confianza en la Iglesia católica disminuye desde un 44% a un 27%, y en las Iglesias evangélicas desde un 24% a un 19% (Centro de Políticas Públicas de la Pontificia Universidad Católica de Chile, 2015: 7).

Lejos de anunciar el derrumbe de las instituciones religiosas, el presente escrito pretende situar las crisis de confianza² como un síntoma de la mutación de lo religioso en el escenario nacional, la que erosiona las viejas formas de relación con lo sagrado diversificando sus expresiones y acomodándolas a la sociedad moderna que exige respuestas inmediatas, nuevas experiencias, cuestiona las jerarquías, y duda de las normas impuestas.

Escenario religioso en transformación y su impacto en la institucionalidad religiosa

Diversos debates se han instalado a través de las últimas décadas respecto al rol de la religión en la sociedad moderna, desde aquellos que auguraban su muerte hasta quienes relativizaban su importancia reduciéndola al espacio privado de los individuos. Influidos por las perspectivas europeas y norteamericana, donde la sociedad en ciertos espacios vivió dichas transformaciones al amparo de la secularización, su extensión a América Latina fue vista como una continuación de un proceso iniciado en aquellas latitudes. Sin embargo, las particularidades de la región, su diversidad de formas de vivir la religiosidad, junto con la capacidad de amalgamar tradiciones de diversos orígenes (autóctonas, europeas, norteamericanas y orientales) dio muestras concretas que el escenario religioso local poseía un nivel de

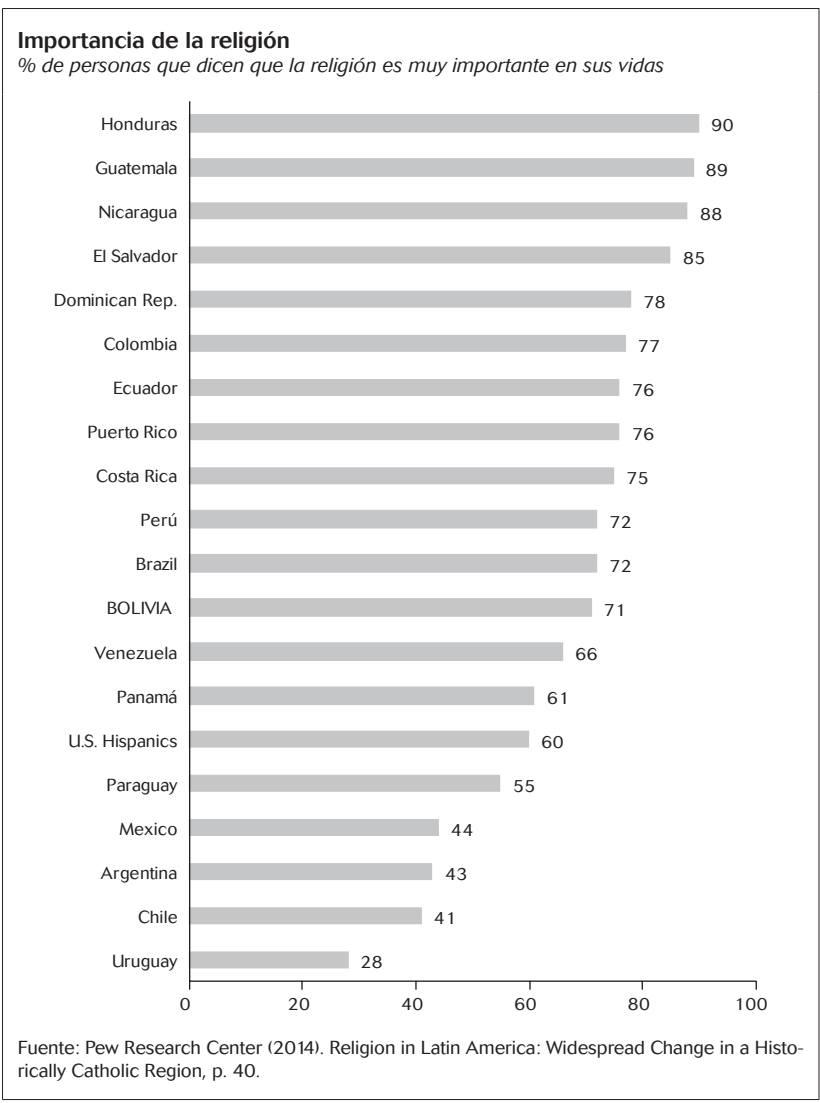
² Para efectos de este trabajo el análisis se centrará en las religiones con mayor adhesión en Chile; católicos (61%) y evangélicos (17%) según los datos entregados por la Encuesta Nacional Bicentenario 2013.

complejidad mayor (Bastian, 1997). La vinculación con el Estado, su incidencia en los debates públicos (aborto, matrimonio, familia, homosexualidad, entre otros temas), su vigencia en el curriculum de las escuelas, etc., son solo una muestra de la permanencia de lo religioso en la sociedad chilena, donde lejos de su reclusión al ámbito privado ha encontrado un lugar, o bien, ha defendido aquellos espacios ya ganados incidiendo en el debate público.

En este sentido, lo que entra en cuestionamiento es el paradigma de la secularización bajo el cual se sostenía la discusión acerca del rol de la religión en la sociedad moderna. Entre los argumentos esgrimidos se planteaba que en la medida que las naciones alcanzaran altos niveles de desarrollo científico y económico, y pusieran en práctica los preceptos de la modernidad, la religión comenzaría a perder terreno en la sociedad. Este diagnóstico que asumía dicho proceso como una cuestión de orden evolutivo fue demostrando en diversos contextos culturales (Europa, Norteamérica, Asia, Latinoamérica) que no se desarrollaba de manera homogénea, o sencillamente no se reflejaba en la realidad. Para el caso latinoamericano, la secularización significó diversas lecturas: algunos vieron en la separación Iglesia-Estado una evidencia de este hecho, otros se concentraron en la pérdida de feligresía (Valenzuela, Bargsted, y Somma, 2013) y disminución de las vocaciones religiosas, y algunos consideraron la reclusión de lo religioso al espacio íntimo como un signo de privatización (Luckmann, 1973). Finalmente, se validó la idea de que la secularización para el plano regional podía ser vista como un proceso de mutación de lo religioso, pero no su eliminación de la vida de los individuos (Bastian, 1997).

El alto protagonismo, tanto de las instituciones religiosas como de las prácticas de los individuos en toda América Latina, resultó prueba suficiente para matizar las posturas que cuestionaban o rechazaban la presencia de lo religioso en el ámbito público. La pervivencia de cultos y festividades ancestrales de concurrencia masiva (peregrinaciones, celebraciones y ritos), así como el protagonismo de las iglesias en las discusiones cotidianas del país (políticas, económicas, culturales), junto con las altas cifras que daban cuenta de la relevancia de la religión en la vida de los individuos en América Latina, acrecentaron el interés por diagnosticar el estado de lo religioso en la sociedad contemporánea en la región.

Un ejemplo ilustrativo de lo anteriormente señalado, queda reflejado en la alta valoración que los sujetos le otorgan a la religión en sus vidas en el contexto latinoamericano, como se expresa en el siguiente cuadro:



Estamos en una época donde lo religioso se ha visto impactado por múltiples cambios que han repercutido en la ampliación del campo de respuestas frente a las problemáticas planteadas por los individuos. El incremento de la cobertura educacional, la masificación de las nuevas tecnologías de la información y las comunicaciones (Parker, 2005), procesos migratorios, exacerbación del consumo, etc. impactan de diversas formas en instituciones e individuos, alterando su relación con lo sagrado.

En la actualidad, el sujeto religioso tiene muchas más oportunidades de escuchar doctrinas y prédicas, que emiten una gama muy variada de púlpitos, que las que tenía en esa época en la que solo escuchaba la prédica dominical del familiar párroco de su pueblo o vecindario (Parker, 2008: 338).

Para Parker (2008), desde la perspectiva de los sujetos, el cambio en la relación con lo sagrado se evidencia en el traspaso desde una orientación del control “simbólico-racional”, propia de las instituciones religiosas tradicionales, a una de tipo “simbólico-emocional-ritual corporal” característica de las nuevas alternativas religioso espirituales (neochamanismo, *new age*, etc.). Este hecho da cuenta de un proceso de transformación en la vinculación de los individuos con lo sagrado, que lejos de rechazar o negar su relación con lo religioso cambió a partir de la masificación de opciones derivadas del proceso de globalización que fomentó el intercambio permanente de bienes simbólicos, accediendo los individuos a nuevas terapias, divinidades, ritos, sistemas meditativos, técnicas de sanación, etc.

No obstante, este tipo de transformaciones no solo se encuentra fuera de las religiones mayoritarias en el país (católicos y evangélicos principalmente), sino también, intraeclesialmente. A modo de ejemplo, a partir de nuestras notas de campo, podemos dar cuenta que a pesar de la diversidad presente en el catolicismo —identificable a partir de múltiples órdenes religiosas—, los entrevistados de la tercera edad (mayores de 60 años) sostienen que antaño había solo una forma de ser católico, lo que nosotros denominaríamos como católico practicante, por lo cual la pregunta por la identificación religiosa para aquellas personas resultaba para muchos una obviedad, o en su defecto las opciones se reducían a católico, evangélico o ateo. Sin embargo,

en la actualidad dicha pregunta continúa siendo importante, pues la forma de identificación se ha transformado, debiendo considerar la práctica, la observancia y la herencia cultural, dejando de esta forma de ser evidente la respuesta.

Factor clave para comprender este proceso lo constituye la individualización, ya que ha implicado la relativización o independencia por parte del sujeto de las normas establecidas por las instituciones religiosas, generando una pérdida de influencia y centralidad de su mensaje en la sociedad (Lenoir, 2006). De esta forma, ha cobrado relevancia la capacidad de cada individuo para construir su propio sistema de sentido a partir de una diversidad de creencias proporcionadas por las dinámicas generadas por la globalización (transacción de bienes y servicios, movilidad de personas, comunicación instantánea, etc.). Bajo este contexto “[...] el bricolaje individual —lo tomo y lo dejo—, el escepticismo o la crítica a la autoridad clerical, se han radicalizado y generalizado, debido a la pérdida de centralidad de las instituciones religiosas y a la aparición del individuo como sujeto autónomo” (Lenoir, 2006: 18).

Este proceso de mutación de lo religioso no solo ha implicado un cambio en la forma de relacionarse con lo sagrado a través de las instituciones, sino también es el significado de ser religioso el que se ha transformado durante las últimas décadas, generando un “redescubrimiento de lo sagrado en lo inmanente, [y] de lo espiritual en lo secular” (Cox, 2009: 16).

Todo lo anteriormente señalado, se enmarca en la proliferación de opciones religiosas y espirituales que rápidamente encontraron respaldo en un modelo económico que fomentaba el surgimiento de nuevas alternativas, creando un nuevo mercado de bienes simbólicos que competiría con aquellos generados por las religiones hegemónicas, incentivando el pluralismo en la región.

En este sentido, el proceso de individualización de lo religioso se encuentra en estrecha relación con la forma mercantil (Beck, 2009), puesto que ambos modelos funcionan bajo la lógica de la libertad de elección. Este hecho impacta directamente en las instituciones religiosas en la medida en que sus fieles ya no están atados a determinada confesión, fomentando la competencia entre las agrupaciones religiosas por la captación y permanencia de sus adeptos. No obstante...

[...] solo en las últimas décadas se ha entendido por primera vez el derecho de elección religiosa como el derecho a ofertar una religión. Ahora, además de la libre elección de religión, existe la libre oferta de religiones no vinculadas a las iglesias establecidas. Ambas cosas, la libre oferta y la libre posibilidad de elegir entre ofertas, constituyen la base del despliegue del mercado de la religión (Beck, 2009: 158).

Uno de los aspectos interesantes de la propuesta de Cox (1999) es la idea de que el mercado obraría a través de la transubstanciación de manera invertida, donde cosas que han sido sagradas son transformadas en elementos para la venta. Sin embargo, esto no quiere decir que todo se haya desacralizado, pues el mercado pone a disposición de los usuarios los beneficios religiosos que antiguamente requerían de esfuerzo y dedicación a través de diversos programas que le brindan bienestar, seguridad, placer, etc. (ejemplo: cursos de autoayuda). “Nunca es suficiente” parece ser la lógica del mercado, frente a lo cual las religiones no quedan ajenas.

De esta forma, lo que entra en cuestionamiento son los sistemas de valores y las instituciones encargadas de llenar de sentido las acciones de los individuos que hasta hace pocas décadas eran consideradas las garantes de la verdad, o establecían las directrices morales por las cuales la sociedad debía conducirse. Aquella realidad ha sufrido modificaciones importantes, pues debemos considerar que en la actualidad “el individuo crece en un mundo en el que no existen valores comunes que determinen la acción en las distintas esferas de la vida, y en el que tampoco existe una realidad idéntica para todos” (Berger y Luckmann, 1997: 61).

Para Mayol (2012) la relevancia de las instituciones en el contexto nacional se explica como un elemento fundante del orden social desde el siglo XIX, donde las decisiones adoptadas radicaban en instituciones que perseguían en bien común para todos los ciudadanos, subvalorando la capacidad de los propios individuos para decidir sobre el destino de la patria y sus vidas.

Las instituciones habían sido vistas por los chilenos como un manto de protección para la gestión diaria de la existencia. La sensación de cada ciudadano al levantarse con la enorme tranquilidad de contar con instituciones fuertes a sus espaldas, generaba como efecto una confianza de

base muy importante si se considera que Chile es uno de los países con menos confianza interpersonal del mundo (Mayol, 2012: 80).

Bajo este escenario, la Iglesia católica gozó de un rol protagónico a través de la historia de la nación, pues habría actuado como mediador (Mayol, 2012) dando garantías de equilibrio político y estabilidad, lo cual comenzaría a mostrar signos de desgaste a partir de los casos de abuso sexual, un cuestionable ejercicio del poder en su estructura, y la carencia de un relato que empatizara con las problemáticas de los individuos.

Es así como comienzan a aparecer posturas contrarias o disruptivas con las instituciones religiosas por parte de su feligresía. Para el caso chileno, la Encuesta Nacional Bicentenario 2014 daba cuenta que frente a las siguientes afirmaciones sobre las iglesias y organizaciones religiosas, los sujetos que poseían alguna religión respaldaban ampliamente enunciados como: son demasiado conservadoras (64%), tienen demasiadas normas que restringen la libertad personal (52%), están demasiado involucradas con los que tienen el poder y el dinero (68%).

Pérdida de protagonismo eclesial: pluralización del campo de respuestas en la era de la incertidumbre

Para Lenoir (2006) la pérdida de protagonismo de las instituciones religiosas se enmarca en el fin de una era denominada “teológica-política” que se superpone con la era “teológico-ética”, donde las instituciones ya no logran imponer sus normas y valores al conjunto de la sociedad, por el contrario, son los sujetos quienes recurren a esta buscando satisfacer sus necesidades. Es así como “La Iglesia ha pasado de regular toda la vida social a ser reserva de creencias y prestataria de servicios religiosos (bautismos, bodas, funerales, etc.) a los que los individuos recurren en elección libre y personal que responde a un sentimiento espiritual íntimo, a un reflejo cultural identitario o a ambos” (Lenoir, 2006: 33).

Los efectos del pluralismo religioso dan cuenta no solo de la ampliación en la oferta de opciones a las cuales el individuo puede recurrir, sino también, de una nueva relación que establece con las

instituciones religiosas que garantizaban respuestas ante sus demandas de sentido. Para la década de los cincuenta, la Iglesia católica centraba sus esfuerzos en combatir la pobreza en el país; en los ochenta la defensa de los derechos humanos era una de sus causas emblemáticas. Sin embargo, tras la restauración de la democracia en los noventa, existe a nuestro juicio, una pérdida de un objetivo central que permita identificación con la ciudadanía, será ¿la solidaridad?, ¿los temas valóricos? No tenemos claridad.

Bajo este mismo escenario, una de las transformaciones importantes en el campo religioso local, tiene relación con el auge del pentecostalismo durante las últimas décadas, el que posee arraigo en sectores socioeconómicos medios y bajos principalmente. A diferencia de la Iglesia católica, las iglesias pentecostales se caracterizan por su divisionismo y autonomía, lo que garantiza de cierta forma mayor cobertura e independencia. No obstante, resulta complejo para aquellas iglesias de raíz más tradicional adaptarse a los cambios de una sociedad en constante transformación. Como ilustración, frente a demandas sociales como el matrimonio de personas del mismo sexo, el obispo de la Iglesia Pentecostal Reformada y Presidente de la Mesa Ampliada de Entidades Evangélicas, Emiliano Soto, afirmaba que: “Si bien es cierto que estamos por respetar los derechos civiles de todas las personas, cuando se trastocan valores fundamentales como es el matrimonio, sigue siendo nuestra principal preocupación que a futuro puedan existir leyes que apunten específicamente al matrimonio gay” (Soto en Vargas, 2015: s/n).

Frente a un escenario de cambios permanentes e interpelaciones constantes entre diversos actores sociales, tanto las instituciones religiosas como sus líderes, son recurrentemente desafiados a responder a las demandas de la ciudadanía. Tiempos lejanos, son aquellos donde las palabras de sacerdotes o pastores eran asumida como la verdad revelada: hoy se les exige pronunciarse y empatizar con las problemáticas sociales. Lo que está en cuestionamiento es la rigidez de normas o la imposición de estas. Sin embargo, aquel diagnóstico no es replicable para todos los fieles o adherentes a una religión, pues en esta época de crisis e incertidumbre existe para ciertos sectores de la población en Chile, una alta valoración de las pautas de comportamiento establecidas por las religiones más conservadoras (Opus Dei, Legionarios

de Cristo, etc.) lo que garantizaría un mayor nivel de seguridad y un camino correcto en el actuar cotidiano (Thumala, 2007).

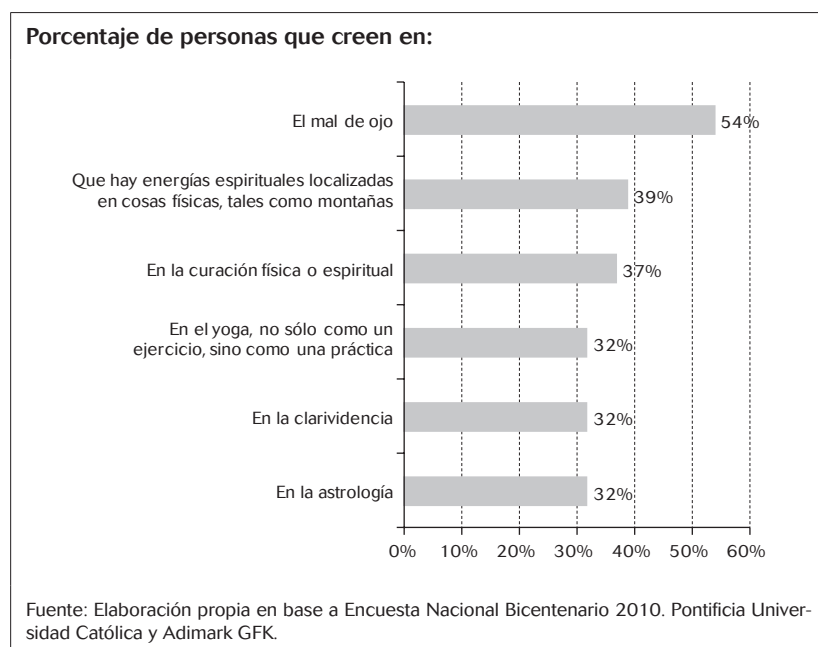
En este contexto, es importante señalar que la relación que han establecido los sujetos con sus instituciones religiosas posee importantes matices y está condicionada por la estructura de funcionamiento de las agrupaciones. Así como en el catolicismo la capacidad de flexibilidad por parte de los individuos no encuentra mayores reparos en la institución eclesial, donde se difuminan los requisitos para poder acceder a dicha agrupación y donde la práctica o los sacramentos pasan a un segundo plano, para el caso del pentecostalismo, el compromiso con la institución es esencial, siendo los propios “hermanos” quienes actúan como control social interno, sancionando a aquellos que se apartan del estándar mínimo requerido. No obstante, la flexibilidad se encuentra en el individuo, el que frente al desencanto de su iglesia no duda en buscar otro referente entre las múltiples ofertas del mundo evangélico³.

El desarrollo del pluralismo religioso en nuestro país, no solo debe ser visto como una ampliación de las opciones religiosas disponibles frente a las cuales los individuos pueden optar, sino también, este debe ser analizado como la posibilidad de pensar la diversidad más allá de lo institucional, centrando el análisis en las prácticas de los sujetos. De esta forma, la capacidad de fusionar elementos pertenecientes a diversas tradiciones y otorgarles sentido dentro de su sistema de creencias, conforma un nuevo modelo religioso que relativiza la importancia de las instituciones para gestionar su relación con lo sagrado. Si bien, no prescinde de lo eclesial, el complemento con otros sistemas de creencias complejiza y a la vez enriquece la religiosidad cotidiana de los individuos, generando una nueva forma de identificación con la religión. Lo cual demuestra que “los cambios que están ocurriendo en el ámbito religioso son complejos. No afectan solo a las instituciones, sino también al significado de las experiencias e imaginarios” (Yáñez, 2006: 38).

³ Para más información acerca de las variaciones del pentecostalismo tradicional en la sociedad actual, revisar el trabajo de Bahamondes, L. y Marín, N. (2013). Neopentecostalismos en Chile: transformación y resignificación del pentecostalismo criollo. En L. Bahamondes (ed.), *Transformaciones y alternativas religiosas en América Latina* (pp. 175-191). Santiago: VDC.

También es importante considerar que, en la era actual, el campo de respuestas se ha diversificado, donde ya no solo las instituciones formales (religiosas, educacionales, gubernamentales) son las encargadas de otorgar alivio a las inquietudes de los individuos, pues estos (de manera independiente o reunidos en un colectivo) son capaces de generar sus propios modelos explicativos, fundiendo diversos sistemas de creencias provenientes de un sinfín de tradiciones, incorporando información derivada de los avances científicos que día a día generan nuevos contenidos, o bien, creando sus propias instituciones donde poseen incidencia en la constitución de sus normas.

Como ilustración de lo anteriormente descrito, la Encuesta Nacional Bicentenario 2010, da cuenta de altas cifras de creencias religiosas no convencionales con una escasa mediación eclesial.



Lo que entra en tensión en la actualidad, es la legitimidad de las instituciones religiosas para imponer modelos de conducta, establecer cánones morales y negar la diferencia. En este sentido, uno de los

casos que genera mayor conflicto a las iglesias es aquel referido a la homosexualidad, donde Costadoat (2016) reafirma la incomodidad que genera en el mundo católico abordar la temática. En sus reflexiones sostiene:

Un amigo homosexual me dice: ‘¿Cómo Dios ha podido darles a las personas homosexuales la condición, pero negarles su ejercicio?’. La pregunta es difícil porque la misma Iglesia sabe y enseña que lo único que realmente arruina a las personas es el egoísmo y la indiferencia ante el sufrimiento del prójimo (Costadoat, 2016. s/n).

Si consideramos que la sociedad se vuelve cada vez más heterogénea, visibilizando su diversidad a través de nuevos estilos de vida, cabe preguntarse por la capacidad de las iglesias para comprender las lógicas de los tiempos actuales. Los sujetos ya no solo están interesados en conocer respuestas, sino también, esperan que aquellas que se les otorguen logren generarles sentidos con sus formas de vida actual, lo cual redundaría en un mayor nivel de exigencia para las instituciones religiosas en la entrega del mensaje, el que ya no puede ser impuesto, pues debe contar con la aprobación de la feligresía. En este sentido...

[...] las instituciones han dado paso al protagonismo de los individuos, siendo estos los encargados de buscar soluciones a sus problemas e inquietudes. La pérdida de confianza en las instituciones sería reflejo de aquello, pues ya nada o poco se espera de ellas. Bajo este escenario podríamos afirmar que la centralidad de lo religioso ya no pasa solo por las instituciones, sino más bien por la libertad de los individuos que reinterpretan dogmas y tradiciones ajustándolas a sus necesidades (Bahamondes y Marín, 2016: s/n).

De esta forma, va quedando relegado —en general— el status o distinción que concedía identificarse con determinada institución religiosa. Recordemos que no hace muchos años, para acceder a ciertos colegios con excelencia académica era requisito indispensable ser católico, o a la hora de buscar trabajo se señalaba en los currículum la religión del candidato, pues ser evangélico era garantía de honradez y rectitud.

Filiaciones difusas y flexibles: relativización de la práctica religiosa institucional

La desconfianza hacia lo religioso, que se refleja en encuestas, artículos de opinión en periódicos y en redes sociales, da cuenta de la crisis de las instituciones religiosas históricas en el país. Esta puede ser analizada como parte de un proceso de “desecclesialización de la ciudad”, lo que implica un cambio profundo en la concepción que se tenía respecto al rol y lugar que poseen las iglesias en la sociedad. Mayor pluralismo, que redundaría en una ampliación de la oferta religiosa y fragmentación de la fe cristiana (Eckholt, 2014) implicaría necesariamente replantearse las formas pastorales utilizadas por las iglesias para vincularse con sus fieles, puesto que “los elementos pragmáticos y experienciales de la fe como modo de vida han desplazado el énfasis previo en instituciones y creencias” (Cox, 2009: 17).

Nos encontramos en una sociedad donde las relaciones son difusas y líquidas, donde las instituciones y sus representantes que eran señalados como garantes de estabilidad han sido puestos en entredicho por una ciudadanía crítica que desconfía de aquellos que han detentado el poder, pues “la ciudadanía ya no está dispuesta a otorgar una confianza ciega en la cual los abusos que se cometen contra ella se toleren impunemente” (Arenas *et al.*, 2015: s/n). Políticos, líderes religiosos, empresarios, militares, entre otros, han perdido progresivamente el respaldo de gran parte de la sociedad, siendo aquello que se relaciona con lo religioso uno de los ámbitos que ha sufrido el mayor impacto: ¿a qué se debe dicha situación? Las causas son múltiples, algunas provocadas por transformaciones estructurales en la forma como se vive la religión en Chile, y otras relacionadas a situaciones contingentes. Entre las primeras, los procesos de secularización de la sociedad, entendida esta como mutación de lo religioso en el espacio local, significó una nueva relación de los individuos con las instituciones eclesiales y sus representantes, lo que no se tradujo necesariamente en una ruptura total con las iglesias, sino más bien en un proceso de flexibilización de la filiación con dicha institución para gran parte de sus adeptos. Modelos como el “católico a mi manera”, o el “católico ocasional”, resultan ejemplos de este hecho.

En cuanto, a las causas coyunturales, estas se vinculan a los casos de pederastia y abusos sexuales⁴, rechazo al aborto (Frías, 2015), cuestionamientos a las propuesta de matrimonio de personas del mismo sexo, negativa a la entrega de sistemas de anticoncepción de emergencia, entre otras. Todo aquello ha fomentado la discusión respecto a la injerencia de las convicciones religiosas en asuntos públicos (Peña, 2014). Estos hechos han generado en ciertos segmentos de la población un cuestionamiento permanente a las instituciones eclesiales, demostrando que las transformaciones socio-culturales de la sociedad chilena se producen a una velocidad mayor que las que pueden asumir las iglesias. Esta situación provocaría un cambio en la forma de relacionarse con las instituciones religiosas y sus líderes (sacerdotes y pastores), pues lo que está en debate sería la administración del mensaje religioso y no la vinculación que el sujeto posee con lo sagrado (Mayol en Frías, 2015) lo cual redundaría en una crisis de la feligresía y una disminución sostenida de las vocaciones. No obstante, dicha relación con lo sagrado también ha sufrido variaciones en las últimas décadas, pues pasamos de aceptar los contenidos propuestos por las iglesias para relacionarse con lo sagrado a dudar de aquel camino sugerido por dichas instituciones, lo que ha sido catalogado como crisis de contenidos (Solera y Robles, 2001).

Lo que se encuentra en cuestionamiento es el ejercicio del poder por parte de las instituciones religiosas y sus representantes lo cual, sumado a la desigualdad social, va configurando un escenario donde los privilegios ya sean económicos, jurídicos o de status, van alimentando el malestar de la ciudadanía que ya no tolera las injusticias y espera un trato igualitario⁵. En este sentido, los casos de abusos sexuales

⁴Un caso emblemático es el del ex párroco de El Bosque Fernando Karadima, cuyas acusaciones de abuso sexual fueron en un inicio deslegitimadas por su círculo de protección compuesto por la prensa tradicional, destacados empresarios, políticos y la cúpula de la Iglesia católica chilena. Luego de comprobarse su culpabilidad en los tribunales de justicia, lo que también sería ratificado por el fallo del Vaticano "[...] fue quedando claro que Karadima, su doble vida y sus abusivas prácticas, habían detonado la peor crisis que ha afectado a la Iglesia católica chilena. Su reino de más de cuarenta años a la cabeza de una verdadera secta se empezaba a derrumbar en medio de los ecos de situaciones similares ocurridas en los últimos años en diferentes países de Europa y América" (Mönckeberg, 2011: 156).

⁵Reflejo de aquella situación son las categóricas cifras entregadas por la Encuesta de Cooperativa, la Universidad Central e Imaginación 2015, en la cual 88,4% de los consultados cree que la sociedad chilena tiene menos confianza en la Iglesia católica que hace diez años.

cometidos por miembros de la Iglesia católica no solo implicaron la comisión de un delito y la repulsión de la ciudadanía, sino también, significaron transparentar la posición de la institución frente a estos hechos, la cual habría optado inicialmente por “silenciar las denuncias antes que enfrentarlas y desacreditar a los denunciantes” (Atria, 2011: 63).

Esta situación somete a crítica la institucionalidad religiosa tanto interna como externamente. A modo de ejemplo, si la sociedad promueve la igualdad en el acceso a cargos de liderazgo en el ámbito público para hombres y mujeres, ¿existe dicha igualdad en las instituciones religiosas?: claramente no. Es más, para el caso del catolicismo cada vez menos mujeres se interesan por seguir la vida religiosa, llegando a ser catalogada como una actividad en vías de extinción, siendo uno de los argumentos esgrimidos el lugar secundario que ocupan en la estructura eclesial. Sofía Baranda, superiora provincial del Sagrado Corazón, sostiene que: “En la sociedad, incluso instituciones como las Fuerzas Armadas, han hecho un camino para la mujer. En la Iglesia está estancado. Eso hace que la vida femenina dentro del catolicismo sea más invisible para la gente, menos atractiva y que, por otro lado, sea un campo de servicio muy limitado porque como religiosa estás supeditada a la autoridad del párroco...” (Baranda en Zunino, 2014: s/n).

La crítica a las instituciones es recurrente, se cuestionan sus jerarquías, dogmas y opiniones, sin embargo, dicha acción no es suficiente para derrumbar las pesadas estructuras que han modelado pilares fundamentales de la identidad de los individuos y donde lo religioso es parte esencial. Si las iglesias mayoritarias de Chile (católica y evangélica) continúan sosteniendo que la familia se compone de un hombre, una mujer y su descendencia, claramente aquella representación no corresponde con la configuración múltiple de familia bajo la cual se hace patente la diversidad de estilos de vida en nuestro país, deslegitimando los vínculos afectivos a través de los cuales los individuos construyen su vida cotidiana. Frente a esta situación ¿cómo verse reflejado en una institución que niega mi construcción familiar? Este hecho da pie a identificaciones difusas con las iglesias, prescindiendo en ciertos casos de los sacramentos (bautismo o matrimonio), o bien, limitando su participación a prácticas individuales, relegando el papel

de sacerdotes o pastores a un segundo plano, generando de esta manera una relación más directa e íntima con lo sagrado, cuestiones todas que redundarán en la pérdida de relevancia de la institución eclesial. Dicha situación se ve amplificada en “una sociedad que vive la incertidumbre de manera constante, donde las instituciones tradicionales que otorgaban sentido y certeza a los sujetos se ven deterioradas a raíz de su falta de eficacia” (Bahamondes, 2015: 43).

Para Masferrer (2009), un elemento a considerar en el análisis de dichas transformaciones se relaciona con la incidencia de la Iglesia católica en la estructura social a través de la ritualidad (bautismo, primera comunión, confirmación, matrimonio), ya que esta regulaba o legitimaba las acciones de los sujetos, influenciando sus decisiones, definiendo su lugar en la sociedad y fortaleciendo una identidad particular.

Sin embargo, la dinámica social fue haciendo obsoletas estas instituciones. El cambio en los conceptos de matrimonio y familia, la crisis de las familias nucleares y extensas [...] el acceso de las mujeres al mercado laboral y profesional implicaron que los tiempos matrimoniales se difirieran e incluso promovió un proceso de empoderamiento femenino expresado en la reformulación conceptual del poder en la familia (Masferrer, 2009: 13).

Es una falta de sintonía con los nuevos consensos que la sociedad ha ido construyendo, una de las causas de la crisis de las instituciones religiosas hegemónicas en nuestro país. Familias diversas, divorcio, métodos de anticoncepción, homosexualidad, transparencia, democratización, ejercicio del poder, entre otros, se transformaron en interpelaciones directas a las agrupaciones religiosas, polarizando la discusión entre aquellos que se sentían garantes de la tradición y pretendían conservar un modelo de sociedad y quienes se presentaban como progresistas y enarbolaban la bandera de la libertad plena.

Reflejo de lo anteriormente señalado, lo encontramos en la Encuesta Nacional Bicentenario 2015, donde frente a la afirmación “La Iglesia Católica debería...”, los sujetos consultados manifiestan altos índices de aprobación (muy de acuerdo) por alternativas como: permitir que las personas divorciadas se vuelva a casar (67%), permitir el uso de métodos artificiales de anticoncepción (60%), permitir que los sacerdotes se casen (57%), permitir que las mujeres sean sacerdotes (45%).

Este hecho puede tener múltiples lecturas, sin embargo, es posible sostener que el cuestionamiento a las instituciones eclesiales en estos ámbitos, no debe ser visto como una crisis en el sentido de fin o derumbe, más bien es síntoma de una nueva forma de relación de los individuos con sus instituciones, donde estos son capaces de exigir, cuestionar, o rechazar lo propuesto por ellas. Una sociedad democrática y que cultive la tolerancia con lo otro requiere que todas las discusiones sean instaladas en la esfera pública sin omisiones o censuras, siendo las iglesias las encargadas de situarse en este nuevo escenario sociocultural de mayores exigencias y donde los privilegios o el lugar ocupado en tiempos pasados, no garantiza la recepción de su mensaje. Por otra parte, esta misma situación nos sirve para demostrar la vigencia que posee lo religioso en la sociedad chilena, donde los individuos no rehúyen el debate, y “agudos asuntos políticos, sociales y éticos, como el estatuto moral del embrión, el aborto, el fin de la vida y la justa distribución de los bienes necesarios para la existencia, muestran como las convicciones religiosas, de hecho juegan un rol mayor en la conversación pública al nivel de la sociedad civil” (Yaksic, 2011: 16)

Bajo este escenario, el desafío consiste en elaborar lo que Van Treek (2014) denomina una teología abierta, donde se vinculen las fuentes del cristianismo con el contexto social en el cual los creyentes desarrollan sus vidas, con la convicción de que “la teología no puede encerrarse y autoreproducirse, debe dejarse interpelar desde fuera” (Van Treek, 2014: s/n).

Esto implica reflexionar en torno a un modelo de institución religiosa que logre no solo recuperar la confianza perdida, sino generar nuevas confianzas sobre la base de una relación con sus fieles y la sociedad, con mayores niveles de horizontalidad, debate, tolerancia y afecto. El desafío está en construir una relación sobre la base de acuerdos, y quizás un punto de partida lo constituye lo que Stepan ha denominado como “*twin tolerations*”, vale decir, establecer “los límites mínimos de libertad de acción que deben ser de alguna manera producidos por las instituciones políticas frente a las autoridades religiosas y por los individuos y grupos religiosos frente a las instituciones políticas” (Stepan en Casanova, 2012: 213).

Conclusiones

Aludir a la confianza como vía de entrada para dar cuenta de las transformaciones de lo religioso en Chile implica hacer referencia a las representaciones y expectativas que se tienen en relación con un otro, vale decir, lo que se espera de un individuo, colectivo o institución en particular, donde la incertidumbre es controlada o aminorada a través de las garantías normativas, discursivas y conductuales llevadas a cabo por aquello en lo que se confía. Si bien esto opera dentro de una lógica racional, en lo que respecta a la relación que establecen los sujetos con las instituciones eclesiales, esta se encuentra estrechamente relacionada con el acto de fe depositado en ellas y sus representantes.

Durante gran parte de la historia de nuestro país, las iglesias y sus líderes se presentaban como garantes de confianza, equilibrio y moralidad, lo cual se veía reflejado en sus acciones cercanas con los más carenciados, desamparados y violentados. No obstante, fue dicha imagen idealizada, la que sufrió un deterioro paulatino durante las últimas décadas, no solo debido a causas estructurales y coyunturales, frente a las cuales las instituciones y sus jerarquías no supieron reaccionar adecuadamente como la sociedad esperaba (democratización de su estructura, diversidad familiar, homosexualidad, etc.) sino también, debido a las transformaciones que tanto sus fieles como el resto de la sociedad fueron teniendo (acceso a nuevas tecnologías de la información en tiempo real, aumento en los años de educación universitaria, mayor acceso a bienes de consumo, entre otros).

Fue la confianza la que comenzó a ser embestida por la duda, donde el actuar de instituciones y personas quedó cuestionada, generando que la sociedad recobrara su visión respecto a una confianza ciega que inhibió su crítica y debilitó su participación en las iglesias.

La lógica de la verdad revelada, absoluta, incuestionable y de superioridad moral, es la que entró en crisis. Donde se ha transformado en un verdadero deporte nacional cuestionar todo tipo de instituciones, lo cual puede suponer un deterioro de estas, o bien ser leída como una forma de implicancia con ellas no solo a través de la participación, sino también a través de la exigencia dando muestras de la importancia social que poseen para los individuos, pues más que prescindir de

ellas se busca su reestructuración o ajuste a sus demandas mostrando un interés por participar de manera activa en su orgánica.

Es la hegemonía del campo de las respuestas lo que entró en cuestionamiento. Si antaño las instituciones eclesiales estaban presentes a través de ritos significativos en la vida de los individuos, en la actualidad estos son creados y administrados también por otras instituciones religioso/espirituales, o bien, por los propios sujetos a través de la creación de sus propios rituales. Si la solidaridad estaba radicada especialmente en dichas instituciones a través de diversas obras sociales, hoy comparten dicha función con fundaciones, ongs, organismos estatales, empresas privadas, y otras acciones colectivas. Ante las preguntas existenciales hoy no solo son las encargadas de entregar respuestas o interpretaciones, pues deben compartir este espacio con otras fuentes de conocimientos derivadas de la filosofía, la psicología, nuevos gurús o líderes espirituales.

La denominada crisis no solo debe ser vista a través de las instituciones eclesiales, pues se debe considerar en el diagnóstico la sociedad en su conjunto. La forma de relacionarnos ha variado sustancialmente durante los últimos años, donde el individualismo ha dejado huella en la forma de interacción cotidiana, lo cual ha repercutido en la vinculación que los individuos establecían con lo trascendente. Estamos en una era donde se valora también la búsqueda de un camino propio, o en relación con un guía como parte de trabajo compartido, dialogado y vivenciado. La cercanía con lo espiritual ya no solo se encuentra en lo institucional, lo cual no significa validar los postulados de la desinstitucionalización de lo religioso, pues los individuos han optado mayoritariamente por compatibilizar su identificación religiosa formal con otro tipo de prácticas (esotéricas, mágicas, espirituales, etc.) sin que ello implique un mayor conflicto o inconsistencia. Es todo el escenario religioso local el que ha sufrido transformaciones, donde:

La unanimidad católica de hace unas décadas atrás aparece doblemente desafiada desde abajo por el auge pentecostal que ha consolidado su influencia en los grupos de más bajos ingresos, y por arriba con el incremento de los 'ninguna religión' que se instalan sobre todo entre los jóvenes de mayor escolaridad. Un evangelismo de clase media y una secularización de masas... (Valenzuela, 2015: 103).

En definitiva, nuestra propuesta invita a considerar la crisis como una oportunidad para construir asociativamente lo religioso en una sociedad en constante transformación. No hay espacio para la exclusión, los privilegios, el autoritarismo, o el monopolio de la verdad, por el contrario, es tiempo de aceptación, democratización, reconocimiento del otro y desarrollo de una actitud colaborativa con otras instituciones y actores sociales. Pues, una sociedad compleja requiere de una nueva estructura eclesial que dé cuenta de dicha realidad compatibilizando la legítima defensa de la tradición con las reformas necesarias que permitan su vigencia en una nueva era.

Referencias bibliográficas

- Arenas, S., Leal, C., Moya, L., Valenzuela, M. y Van Treek, M. (2015). La crisis de confianza como signo de los tiempos [en línea]. *Revista Mensaje*. Disponible en: <http://www.mensaje.cl/iglesia/la-crisis-de-confianza-como-signo-de-los-tiempos>.
- Atria, F. (2011). La Iglesia, una institución realmente existente. Responsabilidades en la crisis. En C. del Río y M. O. Delpiano, (eds.), *La irrupción de los laicos. Iglesia en crisis*, pp. 57-84. Santiago: Uqbar editores.
- Bahamondes, L. y Marín, N. (2016). La vigencia del sentimiento religioso [en línea]. *Revista Mensaje*. Disponible en: <http://www.mensaje.cl/iglesia/la-vigencia-del-sentimiento-religioso>.
- Bahamondes, L. (2015). Nuevos movimientos religiosos (NMR's) y demandas sociales en Chile: Estrategias para la resolución de problemas. En L. Bahamondes y N. Marín (eds), *Religión y Espacio Público: perspectivas y debates*, pp. 39-61. Santiago: Crann editores.
- Bahamondes, L y Marín, N. (2013). Neopentecostalismos en Chile: transformación y resignificación del pentecostalismo criollo. En L. Bahamondes (ed.), *Transformaciones y alternativas religiosas en América Latina*, pp. 175-191. Santiago: VDC.
- Bastian, J. P. (1997). *La mutación religiosa de América Latina. Para una sociología del cambio social en la modernidad periférica*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Beck, U. (2009). *El Dios personal. La individualización de la religión y el espíritu del cosmopolitismo*. Barcelona: Paidós.
- Berger, P. y Luckmann, P. (1997). *Modernidad, pluralismo y crisis de sentido*. Barcelona: Paidós.
- Casanova, J. (2012). Religiones públicas repensadas. En J. Casanova, *Genealogías de la secularización*, pp. 196-222. Barcelona: Anthropos.

- Centro de Políticas Públicas de la Pontificia Universidad Católica de Chile. (2015). Confianza, la clave para el desarrollo de Chile [en línea]. Disponible en: http://politicaspublicas.uc.cl/wp-content/uploads/2015/05/Reporte_15_UC_Confianza-v09.pdf.
- Costadoat, J. (2016). Hacia un concepto teológico de la homosexualidad [en línea]. *El Mostrador*. Disponible en: <http://www.elmostrador.cl/noticias/opinion/2016/02/03/hacia-un-concepto-teologico-de-la-homosexualidad/>.
- Cox, H. (2009). *El futuro de la fe*. México: Océano.
- Cox, H. (1999). The market as God. Living in the new dispensation [en línea]. *The Atlantic*. Disponible en: <http://www.theatlantic.com/magazine/archive/1999/03/the-market-as-god/306397/>.
- Eckholt, M. (2014). Vivir la fe en la ciudad hoy. Las grandes ciudades latinoamericanas y los actuales procesos de transformación social, cultural y religiosa. En M. Eckholt, y S. Silber (comp.), *Vivir la fe en la ciudad hoy. Las grandes ciudades latinoamericanas y los actuales procesos de transformación social, cultural y religiosa. Tomo1*, pp. 17-40. México, D. F: Eds. Paulinas.
- Encuesta de Cooperativa, la Universidad Central e Imaginación (2015). Chilenos e Iglesia Católica: 73% le tiene poca o ninguna confianza [en línea]. *Cooperativa.cl*. Disponible en: <http://www.cooperativa.cl/noticias/pais/iglesia-catolica/chilenos-e-iglesia-catolica-73-le-tiene-poca-o-ninguna-confianza/2015-03-30/200421.html>.
- Encuesta Nacional Bicentenario (2015). Pontificia Universidad Católica y Adimark GFK. [en línea]. Disponible en: <http://encuestabicentenario.uc.cl/wp-content/uploads/2015/12/Encuesta-Bicentenario-20151.pdf>.
- Encuesta Nacional Bicentenario. (2014). Pontificia Universidad Católica y Adimark GFK. [en línea]. Disponible en: http://encuestabicentenario.uc.cl/wp-content/uploads/2015/12/Religio%CC%81n_Encuesta-Bicentenario-20141.pdf.
- Encuesta Nacional Bicentenario. (2013). Pontificia Universidad Católica y Adimark GFK. [en línea]. Disponible en: <http://encuestabicentenario.uc.cl/wp-content/uploads/2015/12/Religi%C3%B3n2013.pdf>.
- Encuesta Nacional Bicentenario. (2010). Pontificia Universidad Católica y Adimark GFK. [en línea]. Disponible en: http://encuestabicentenario.uc.cl/wp-content/uploads/2015/12/2010_religion.pdf.
- Frías, T. (2015). La Iglesia pierde miembros y los católicos buscan albergue en otras religiones. [en línea]. *Cambio 21*. Disponible en: <http://www.cambio21.cl/cambio21/site/artic/20150515/pags/20150515134006.html>.
- Lenoir, F. (2006). *La metamorfosis de Dios: la nueva espiritualidad occidental*. Madrid: Alianza.
- Luckmann, P. (1973). *La religión invisible*. Salamanca: Ediciones Sígueme.
- Masferrer, E. (2009). *Religión, poder y cultura. Ensayos sobre la política y la diversidad de las creencias*. Buenos Aires: Libros de la Araucaria.

- Mayol, A. (2012). *El derrumbe del modelo. La crisis de la economía de mercado en el Chile contemporáneo*. Santiago: Lom.
- Mönckeberg, M. O. (2011). Iglesia y Política. El efecto Karadima. *Revista Anales*, 2, 151-163.
- MORI. (2015). Barómetro de la política CERC MORI [en línea]. Disponible en: <http://morichile.cl/wp-content/uploads/2015/04/Barometro-de-la-Pol%C3%ADtica-CERC-MORI-Marzo-2015.pdf>.
- Parker Gumucio, C. (2008) Mentalidad religiosa post-ilustrada: creencias y esoterismo en una sociedad en mutación cultural. En A. Alonso (Comp.), *América Latina y el Caribe. Territorios religiosos y desafíos para el diálogo*, pp. 337-364. Buenos Aires: Clacso, Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales.
- Parker Gumucio, C. (2005). ¿América Latina ya no es católica? Pluralismo cultural y religioso creciente. *América Latina Hoy*, 41, 35-56.
- Peña, C. (2014). Religión y política. En A. M. Stuvén (ed.), *La religión en la esfera pública chilena: ¿laicidad o secularización?*, pp. 51-57. Santiago: Ediciones Universidad Diego Portales.
- Pew Research Center (2014). Religion in Latin America: Widespread Change in a Historically Catholic Region. [en línea]. Disponible en: <http://www.pewforum.org/2014/11/13/religion-in-latin-america/>.
- Robles, J. (2001). La religión en crisis. En J. Robles y E. Solera, *Religión, sociedad, crisis*, pp. 41-83. San José, Costa Rica: Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (Flacso).
- Thumala, M. A. (2007). *Riqueza y piedad. El catolicismo de la elite económica chilena*. Santiago: Random House Mondadori.
- Valenzuela, E. (2015). Religión. Unanimidad católica desafiada. Una mirada al alma de Chile. Encuesta Nacional Bicentenario Universidad Católica - GfK Adimark 2006, 2015. Santiago: Pontificia Universidad Católica de Chile.
- Valenzuela, E., Bargsted, M., y Somma, N. (2013). ¿En qué creen los chilenos? Naturaleza y alcance del cambio religioso en Chile. *Temas de la Agenda Pública*, 59, 1-20.
- Van Treek, M. (2014). Iglesia en Chile: Misericordia y Justicia ausente [en línea]. *El Dínamo*. Disponible en: <http://www.eldinamo.cl/blog/iglesia-en-chile-misericordia-y-justicia-ausente/>.
- Vargas, F. (2015). Evangélicos expresan preocupación ante posible avance hacia matrimonio gay tras AUC [en línea]. *Emol*. Disponible en: <http://www.emol.com/noticias/Nacional/2015/10/22/755611/Evangelicos-expresan-preocupacion-ante-posible-avance-hacia-matrimonio-gay-tras-AUC.html>.
- Yaksic, M. (2011). *Política y Religión. Teología pública para un mundo plural*. Santiago: Ediciones Universidad Alberto Hurtado.
- Yáñez, S. (2006). La metamorfosis de la realidad. En S. Yáñez y D. García (eds.), *El porvenir de los católicos latinoamericanos. Hacia la V Conferencia del*

Episcopado Latinoamericano y del Caribe (Aparecida 2007), pp. 37-41. Santiago: Ediciones Universidad Alberto Hurtado.

Zunino, N. (2014). ¿Monjas en peligro de extinción? [en línea]. La Tercera. Disponible en: <http://www.latercera.com/noticia/tendencias/2014/04/659-573634-9-monjas-en-peligro-de-extincion.html>.